



Antonio PEREIRA

Cuaderno abierto

Hay cosas que otros nos enseñan a tiempo, pero que nosotros no llegamos a aprender más que por propia y tardía comprobación, y una de esas cosas es que debemos crear pensando más en el siempre que en el hoy, que las modas pasan y no conviene exagerar el respeto a los teóricos y tiranuelos de cada momento. Bastaría el ejemplo del cine. Bergman, el enigmático director de séptimos sellos y de emblemáticos personajes, ha bajado a la arena del gran relato directo con **Fanny y Alexander**, una película que tiene entusiasmado al personal porque cuenta sin brumas todo un mosaico de actitudes y sentimientos propios de la condición humana.

Salir hace diez años con una novela al estilo de Galdós o que contuviera una acción como **La isla del tesoro**, inventar una fábula lineal donde se movieran personajes como en **Ana Karenina** o en **Rojo y negro**, a fe que suponía una provocación reaccionaria, supuesto que encontrase editor. Que en todo caso, nunca sería un editor de los favorecidos por el poco imparcial suplemento literario de algún periódico madrileño que todos sabemos.

Ahora, de pronto, la respuesta enérgica contra el experimentalismo se multiplica. El maestro Cela, que en su **San Camilo** se ponía al día, para ir aún más lejos con **Oficio de tinieblas**, ha vuelto a donde solía si se mira la más reciente y celiana de sus novelas. Como Delibes coma después de su parábola del naufrago punto y coma. Y la semana pasada, en Madrid, el fervor por una novela de Torrente que no he tenido en las manos, pero que supongo con puntos y aparte, o sea, más higiénica para los ojos y la respiración que la saga-fuga imponente.

Y tal deben de andar las cosas por esos mundos. De Francia al menos, sí puedo hablar. Los franceses del «nouveau roman» han perdido la clientela de su oficio de mirar, de mirarlo y describirlo todo minuciosamente, hasta el tedio, mientras se sostiene e incluso crece el atractivo de una Françoise Sagan que ya en los años 50 acertaba -porque sí, sin que nadie se lo hubiera enseñado- con ese don secreto de interesar inmediatamente al lector. Si no pareciera oportunismo, yo diría que la Sagan, olímpicamente desdeñaba por quienes la vieron como un fenómeno superficial y pasajero -no Mauriac, para quien ella fue ese «charmant petit monstre»-, me pareció siempre una clara confirmación de la teoría más simple sobre el quehacer narrativo: saber una historia, y saber contarla.

Ahora me viene a las mientes Corín Tellado, sí señor, y haría mal el lector, por apresurado que sea, si pensara que estoy haciendo comparaciones. Quiero decir, seriamente, que Corín Tellado sabe contar una historia. (En su caso deben de ser ya muchos miles de historias). Que las ficciones de la escritora asturiana sean literatura o sub-literatura, es algo que no me interesa ahora. El éxito y el seguimiento de una muchedumbre de adeptos, aunque sean lectores de la formación más primaria, no se consiguen gratuitamente. Y de sospecharlo a comprobarlo por mí mismo pasé con sólo comprar un librito con portada de colorín, 30 pesetas en la calle del Burgo, para luego leerlo, analizarlo sin prejuicios. Recuerdo que un hombre maduro y atezado viene a caballo por su propiedad y encuentra a una amazona hermosa, y se cruzan unas palabras. Pues bien, en esa escena y en esas palabras escasas que se cruzan el hombre y la mujer -las diez primeras líneas de la novelilla, que no tengo por qué decir novelucha- está ya el gancho, el anzuelo para que un lector (o lectora) sin complicaciones se vea impedido de soltar el libro antes de haber llegado a la frase final.

Sí, sí, bien sé yo que esa virtud no lo es todo... Pero tampoco puede decirse que no sea nada.